

SEGOVIA

◆ Nava promete triunfos imaginarios y sólo ve el 5 de julio como un tropiezo inexplicable.

El dedacito

RAFAEL SEGOVIA

El dominio del señor Calderón sobre su partido se puso de manifiesto en el mantenimiento del señor Nava, su antiguo secretario privado, cuando los miembros de su grupo privado estuvieron punto menos que obligados de elegir a Nava presidente del partido. A Calderón sólo le faltó decir: el PAN es mío, no admito discusiones sobre el tema. El puñado de disidentes, de todos modos, fue un acto de rebeldía raro, debido a que una serie de hombres se manifestó dando así a conocer –por lo menos así lo creyeron– una personalidad justificativa de su pasado. De poco les sirvió: su palabra no es temida y, cuando lo fue, Calderón declaró el examen de su derrota terminado y todos los consejeros dijeron amén. Empezó la otra espera, la de los grandes, la de una serie de esperanzas sin cumplimiento, porque las visas canadienses seguían igual y el examen de algo tan improbable como el paso en condiciones humanas de los mexicanos al país del norte no se va a examinar por lo pronto: ya se vio que la Cámara de Representantes americana no tiene tiempo disponible.

Los viajes relámpago no tienen posibilidad de alcanzar resultados concretos; el día escaso que Obama puede dedicar a los problemas de América del Norte no alcanza para los asuntos más urgentes. Queda saber si todos los asuntos canadienses serán examinados con ganas de resolverlos, no sólo el de las visas, sino el de los trabajadores mexicanos en aquel país, que como es costumbre se está buscando trabajo para el desempleo a miles de mexicanos, cosa que el secretario del desempleo, no del Trabajo, no sabe ni por dónde empezar.

Aprovechando la presencia de Obama, Calderón hizo una limpieza de política interna. Se detuvieron asesinos en potencia, se hizo un castigo ejemplar con una abogada de Monterrey que andaba con problemas de narcotráfico y se consolidó a César Nava, quien también aprovechó la ocasión para consolidar una presidencia de dedo de su partido. Más que nunca el PAN no parece un partido. Obedientes, respetuosos, educados, andan buscando ponerse a las órdenes del hermano mayor que desaparecerá tan pronto como deje de ser el que manda, no el que convence o dirige. Así se ve, así lo ven los del PAN, sin el menor empuje, sin el menor carisma, sin gracia alguna; se pasea por el país buscando un aplauso que no llega. Nava promete triunfos imaginarios, considera el 5 de julio un tropiezo inexplicable como los hombres del PAN en general y como la clase media mexicana en general: no les cabe en la cabeza que se haya votado contra ellos, no comprenden que se haya ignorado la decencia, la honradez –en tanto no se hable de dinero–, no comprenden que no se acepte esta brutal división en clases.

Ya terminó el momento electoral, empieza el trabajo de la Cámara y el de sus líderes. Por el momento no parece interesar gran cosa. Las promesas de Calderón quedarán aplazadas porque no hay dinero para llevarlas a cabo. La reforma de la ley del trabajo, después de la paliza del PAN, no puede ni mencionarse, menos aún como están las cifras de desempleo. No se ha anunciado qué puede ofrecerse por cualquiera de los partidos en esta coyuntura política: esperar es lo más sensato, pero esperar es vivir en



el tema de unas nuevas elecciones, de gobernadores esta vez, temiéndose el convencimiento de que una nueva derrota sería una renuncia obligatoria.

Pasada la visita queda una realidad dolorosa, unas deudas pendientes de millones por saldar. México se encuentra en una situación como de hecho no la ha encontrado en su historia. No hay más que la angustia de unos gastos que no se sabe cómo los va a saldar. Dejemos que lleguen. Quedan preguntas de este triste continente: Chile es un país ordenado, con una vida política, capaz de superar el salvajismo militar y el de una derecha olvidadiza de haber vivido en conformidad con una cultura envidiable, un poco como Argentina, Uruguay y Brasil. En México nos separamos de los que supieron alejarse de aquel infierno. Parece como si ahora nos acercáramos, basta con pensar por qué esos países cayeron tan bajo y cómo un canallita como Kissinger los empujó al abismo, del cual sólo salieron a fuerza de voluntad.

Intentamos salir de una cultura, de un comportamiento lamentable. ¿Qué necesidad existe, en un subconsciente oscuro, de apedrear e insultar a unos pobres americanos por el hecho de ser blancos y hueros?

Los pueblos se muestran en sus carencias. Cataluña, siempre educada aunque por momentos se vea un tanto acomplejada, cae en la locura con sus tres copas; Madrid se gasta un dinero que ahora le falta porque no soporta las tres copas catalanas. Hay una prensa lamentable a los dos lados del Atlántico que tiene la obligación de educar a su gente.